



## CAPÍTULO V

### Estado político, religioso y moral del pueblo israelita.

FUENTES: Antiguo y Nuevo Testamento.—Herbst, *Introducción histórica y crítica al estudio del Antiguo Testamento*, publicada y adicionada por Welte, Carlsr. y Friburgo, 1840-41. Jos. Flavii (nacido en el año 37 y muerto en el 93 de Jesucristo), opp. ed. Havercamp. Ams. 1726, 2 t. en f.—Richter, Lips. 1826 sq. t.—Son muy importantes las *Antigüedades judaicas* (lib. XX).—Jahn, *Biblioteca arqueológica*, Viena, 1817, part. 4.ª.—Scholz, *Biblioteca arqueológica*, Bonn, 1824.—Kalthof, *Manual de antigüedades judaicas*, Munster, 1840.—Molitor, *Filosofía de la historia ó de la tradición*, Francf. y Munst. 1827-33, 3 t.—Winer, *Diccionario bíblico*, 2.ª ed. Leip. 1833-36, 2 t.—Jost, *Historia general de los israelitas, desde su origen hasta el siglo XIX*, Berlin, 1832.—Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*.—Stolberg, *Historia de la religión de Jesucristo*, p. I-IV.—Leo, *Historia universal*, t. I.

En medio de la ignorancia religiosa y de los errores filosóficos de los pueblos de la antigüedad, es maravilloso ver al pueblo de Israel conocer y servir al verdadero Dios. La Providencia, por medios especiales y revelaciones sucesivas, conserva siempre en el seno de este pueblo privilegiado el sacrosanto nombre de Dios y las tradiciones primitivas; promulga la ley é instituye un sacerdocio que sea su depositario, que de continuo la recuerde al pueblo, que conserve siempre en él, aun en medio de sus extravíos, el respeto debido al Dios único, y que lo vaya preparando para su redención y libertad. Nada era más digno de Dios, dice Bossuet, que el escoger un pueblo que fuese ejemplo vivo de su Providencia (1);

(1) Leo expresa muy bien este pensamiento. «Todo el misterio de la historia de los israelitas, dice, toda su misión estriba en el hecho de que Dios había escogido á este pueblo para ser un medio entre el pecado original y la Redención, para ser el último é inexpugnable baluarte de la fe en un solo Dios en medio de todas las naciones paganas, para ser, en fin, el terreno en que debía germinar la salud prometida á todos los pueblos de la tierra... En ninguna parte se encuentra la acción de la divina justicia expresada de un modo tan claro como en la manera con que el pecado y las pasiones preparan la ruina

un pueblo cuya prosperidad é infortunio dependiesen de su piedad, y cuyo estado fuese un testimonio visible de la sabiduría y de la justicia de su Señor.

Y cuando Dios hubo demostrado, por la conducta de la nación judía, la irrecusable verdad de que Él es el que, según su voluntad, dirige los acontecimientos de la vida presente, llegó el tiempo en que debía el hombre elevarse á más altos pensamientos con la venida de Jesucristo, que tenía la sublime misión de descender los misterios de la vida futura á un pueblo nuevo formado de todos los pueblos de la tierra. Así, mientras que los más antiguos monumentos de la historia, de la etnografía y de la geografía; mientras que los historiadores más antiguos no nos cuentan más que fábulas ó hechos oscuros é inciertos, las Escrituras Sagradas de los israelitas, precisas, circunscritas y siempre enlazadas entre sí, exponen claramente la historia de la humanidad, señalándole su verdadero origen, y haciéndola descender de él, es decir, de la voluntad del Dios uno,

del pueblo judío, siendo así que la fidelidad á los divinos mandatos trae siempre consigo la recompensa.» (*Compendio de historia universal*, t. I, p. 564.)

santo, justo, criador omnipotente, y resolviendo al mismo tiempo con la más admirable sencillez los grandes problemas de la filosofía. Siempre persuasivas y sublimes á la par, nos enseñan estas Escrituras la creación del universo, el hombre, la dicha de su primer estado, su unión santa con Dios y la naturaleza, la causa de su caída y de sus miserias, la propagación de la raza humana, el origen de las naciones, la repartición de la tierra y el nacimiento de las artes (1); al mismo tiempo hablan de un reparador, de un libertador prometido al hombre primero (2), y demuestran que jamás, en la sucesión de las edades, dejó el Dios vivo de manifestarse á los hombres, y de irlos preparando y conduciendo á su definitiva reconciliación con él. Refieren que, abandonándose los hombres á sus perversas inclinaciones, y no apoyándose más que en sí mismos, se corrompieron, y cubrieron hasta tal punto la tierra de sus crímenes, que Dios se vió obligado á decretar contra ellos una venganza cuya memoria jamás se borrará de entre ellos, á fin de prevenirlos eternamente contra el pensamiento erróneo de que el mundo existe por sí mismo, y que lo que existe una vez no puede dejar de ser nunca. Después de la terrible catástrofe del diluvio universal, cuya memoria se conservó en todos los pueblos, Dios permitió que el mundo se renovase y renaciese del seno de las aguas. Noé, el único justo salvado por la Providencia, fué el segundo padre de la raza humana (3), y en él vuelve la historia á tomar su curso con la humanidad, rejuvenecida bajo la dirección del Señor. La humanidad, aunque colmada de favores, no está curada; y vuelve á caer en la incredulidad, la idolatría y la corrupción moral que le son

(1) Marcel de Sevres, *La Cosmografía de Moisés comparada con la Geología*. Véase también á Fichte, que en su *Derecho de la Naturaleza*, 1.ª parte, p. 32, dice: «Un espíritu se interesó en la suerte del hombre precisamente de la manera que lo dice una antigua y venerable tradición (el Génesis). Esta tradición contiene, después de todo, la sabiduría más profunda y admirable, pues ofrece resultados á los cuales la filosofía se ve obligada á suscribir y reconocer después de todas sus investigaciones.»

(2) Génes., IV, 15.

(3) Génes., VI-VIII.

consiguientes, y Dios segrega y llama á Abraham. Trescientos cincuenta años después del diluvio tuvo lugar la vocación de Abraham, príncipe nómada de la Caldea, padre del pueblo israelita, que el mismo Dios condujo á la lejana y desconocida tierra de Canaán, prometiéndole que de él descendería una nación grande y poderosa, numerosa como las estrellas del cielo (1), en quien debían ser benditos todos los pueblos de la tierra (2), con tal que Abraham, sus hijos y todo su linaje guardasen los preceptos de Jehová, y marchasen por los senderos de la verdad y de la justicia (3). Una alianza positiva entre Jehová y Abraham selló luego los deberes y derechos de este último: la circuncisión debía ser el sello conmemorativo de semejante alianza (4). Después vivió Abraham lleno de fe en Dios y en sus promesas, y anduvo siempre por sus caminos, guardando fielmente sus mandatos, y poniendo en Dios su gozo, sus esperanzas y toda su felicidad (5).

Jacob, nieto de la promesa, fué conducido á Egipto (6), en donde comenzaron á cumplirse las promesas y las amenazas hechas á Abraham. Su descendencia se multiplicó allí prodigiosamente (7), pero perdió el sentido y el espíritu del padre de la fe. Para llamar hacia sí las miradas y la esperanza de este pueblo ingrato, Dios, fiel á su palabra, le hizo sentir el duro y pesado yugo de los egipcios (8); pero al fin suscitó á Moisés para librarlo. El enviado del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, acreditado por medio de muchos milagros, es prontamente reconocido; llega á ser el consolador de sus hermanos, los saca de la esclavitud (9), y funda, al fin, una verdadera nacionalidad. Durante su larga permanencia en los desiertos de la Arabia, Moisés enseña á los israelitas á reconocer al Dios de sus padres, é ilustra su conciencia

(1) Génes., XII, 2; XIII, 16; XV, 5; XVII, 4, 6, 8; XXII, 16 y 17.

(2) Génes., XII, 3; XVII, 18; XXII, 18.

(3) Génes., XVIII, 19.

(4) Génes., XV, 18; XVII, 4.

(5) Génes., XII, 4; XV, 6; XXII, 2.

(6) Génes., XLVI-LXVIII.

(7) Exod., II, 1.

(8) Exod., I, 14, 22.

(9) Exod., II-XI.



adormecida hacia mucho tiempo. Reune y escribe la historia de los siglos pasados, la historia de Adam, de Noé, de Abraham, de Isaac, de Jacob y de José, ó más bien la historia del mismo Dios, recogida en los recuerdos vivientes de la familia de Abraham, que había vivido en los tiempos de Sem, el primogénito de los hijos de Noé. Refiere y fija para siempre en la memoria de la posteridad las maravillosas comunicaciones de Jehovah con su pueblo y los milagros de su ley. En medio de un terrible y majestuoso aparato trasmite Jehovah á Moisés los principios de la religion, escritos en tablas de piedra (1), los cuales son promulgados al pueblo lleno de terror y espanto (2). Moisés escribe además en tablas de piedra, como expresión de la voluntad divina, todas las órdenes, todas las prohibiciones y promesas que habían salido hasta entónces de la boca de Dios, y hace depender todas las bendiciones y maldiciones para su pueblo de su fidelidad ó de sus infracciones á la ley (3). Estas leyes sirven para constituir el reino de Dios sobre la tierra y fundar el estado teocrático de los israelitas, en el cual todo depende de la idea de Dios, todo se dirige á su reino, y todo se rige por su santa ley. Él sólo, Jehovah, es el Dios vivo, todopoderoso, sapientísimo, presente en todos los lugares, lleno de misericordia y padre del pueblo de Israel, que ha escogido entre todas las naciones; pero al mismo tiempo es el Dios santo y justo, celoso de su ley, y que se venga de los prevaricadores hasta la sétima generacion.

Y todas estas cosas no están solamente escritas en la piedra, sino que se realizan y convierten en hechos á los ojos del pueblo visiblemente conducido por el Señor en la columna que se cierne sobre el tabernáculo, rodeado incesantemente de las pruebas del poder de Dios. El Señor mismo es quien le concede la luz ó

(1) Exod., XX, 1-20.

(2) Exod., XX, 18.

(3) Hablando de la relacion y de los caracteres del Antiguo y Nuevo Testamento, dice San Agustin: «Multum et solidum significatur ad Vetus Testamentum timorem potius pertinere, sicut ad Novum dilectionem, quamquam et in Vetere Novum lateat, et in Novo Vetus pateat.» In Exod.—Stolberg, t. II.

las tinieblas, la vida y la muerte, las tempestades y la serenidad del cielo, el rocío de la mañana, la lluvia de las estaciones, el maná del cielo y el agua de la roca. Dirigido y educado de esta manera, Israel debía ser el pueblo de Jehovah, pueblo temeroso de su Dios, no adorando más que á Él, amándolo con toda su alma, guardando sus mandamientos, cifrando en él sus goces, su grandeza y su gloria, rechazando con horror todo lo que es abominable en la presencia del Señor, la idolatría, la magia y las adivinaciones, y procurando apartarse del pecado y volver á Dios, siempre dispuesto á perdonar con tal que se le den pruebas dignas de arrepentimiento. Para grabar en los espíritus de una manera indeleble la unidad de Dios, Moisés dice y repite en cien pasajes que este Dios único escogeria para sí en la tierra prometida un lugar único en el que se celebrarían las fiestas, los sacrificios y todas las ceremonias del culto divino. Figura de la promesa, imagen del templo verdadero, el tabernáculo, templo portátil del desierto, llamaba ya en torno suyo á los hijos de Israel, con sus plegarias, sus votos y sus ofrendas. La memoria permanente de estos grandes hechos históricos debía ser como una perpétua predicacion del nombre, del poder y de la bondad del Criador del cielo y de la tierra, del Dios de Israel, siempre fiel á su alianza y á sus promesas. La celebracion del *Sábado* debía renovar la memoria de la creacion (1), y la *Pascua* debía recordar la maravillosa salida de la esclavitud de Egipto y la salvacion de los primogénitos (2). La fiesta de los *Tabernáculos* representaba de un modo expresivo las costumbres, el sistema de vida en el desierto y los beneficios del cielo durante los cuarenta años de peregrinacion (3). Todas estas instituciones, así como la fiesta anual de las primicias y de la siega (Pentecostés), los diversos sacrificios, y particularmente el de cada día (4), debían recordar incesantemente á Israel su dependencia de Jehovah y las obligaciones que con él tenía contraídas.

(1) Exod., XX, 8-11.

(2) Lev., XXIII, 5; Exod., XXIII, 15.

(3) Lev., XXIII, 34; Deut., VIII, 15.

(4) Exod., XIX; Núm. XVIII-XIX.



En el conjunto de la ley presentaba Dios á los israelitas un espejo donde se reflejaba fielmente su imagen, y donde podían aprender á conocerse y á ser siempre agradecidos. Los doscientos ochenta y cuatro preceptos y las trescientas sesenta y cinco prohibiciones de la ley les ponían á la vista el número y la calidad de sus delitos, y el castigo que debería seguirseles. Así adquirían el conocimiento del pecado (1), por el estudio de esta ley que debían meditar noche y día, y que en tantas circunstancias les era anunciada y promulgada de nuevo. Mas al dar esta ley el conocimiento del pecado y la conciencia de la falta, no daba ni la fuerza necesaria para evitar el uno y purificarse de la otra. La ley era imperativa y severa; pero le faltaba lo que constituye la esencia del Cristianismo, la gracia (2). Sin embargo, anunciaba para un porvenir todavía lejano un profeta semejante á Moisés, que Dios suscitaría de en medio de su pueblo, y al cual sería preciso escuchar (3), así como el conjunto de sus instituciones y de los hechos de su historia iba preparando insensiblemente á Israel para la promulgacion de una ley más sublime, ménos ceremonial, y más fecunda en virtudes.

El sentimiento del pecado despierta en la conciencia la necesidad de la justicia reparadora, produce el ardiente deseo de la reconciliacion por medio de la remision del pecado, y trae así naturalmente, dice Staudenmaier, la institucion del *soberano pontificado*, como parte esencial de la constitucion religiosa. El sumo sacerdote entraba una vez al año en el Santo de los Santos (4) para expiar los pecados del pueblo con un sacrificio, para presentar á Dios las plegarias y los votos de los fieles, y llevar, en nombre del Señor, el perdón, la reconciliacion y la bendicion del cielo al pueblo reunido. De esta manera se completa manifestamente el culto por medio del sacerdocio, que tiene con él las más íntimas y esenciales relaciones. Instituido por el mismo Dios, se desprende, además, del hecho mismo de la ley, de la natura-

(1) Rom. II, 20; VII.

(2) Juan, I, 17; Gal., III, 13.

(3) Deuter., XV, 18.

(4) Lev., XVI; Hebr., IX, 7, 25.

leza de las cosas, de la vida espiritual y de las profundas necesidades del hombre, de las cuales es expresión, instrumento y símbolo.

A pesar de esto, la ley y el sacerdocio, que le era consiguiente, no podían obrar la deseada reconciliacion del hombre con Dios. Esta ley imperativa no estaba ni viva en el espíritu, ni vivificada por el espíritu; no era más que una barrera; no podía obrar la justificacion (1); más aún, con la multitud de sus prescripciones hacia abundar el pecado (2). Ménos todavía que la ley, los sacrificios sangrientos no podían destruir el pecado y hacer al hombre justo, santo y perfecto. Sólo Aquel en quien no hay pecado, que cumplió toda la ley, que es más grande que el hombre y más sublime que los cielos, podía verdaderamente librar á la humanidad del pecado y de todos sus efectos. Moisés, el hombre de Dios, excluido de la tierra prometida, era una prueba evidente de la insuficiencia de su ley, que nada perfecciona, que no muestra más que á lo lejos el cumplimiento de las divinas promesas, y no conduce á la humanidad entera, como el mismo Moisés, más que hasta las puertas de la herencia celestial (3). Toda la ley no era más que una gran profecia anunciando la venida de Aquel cuyo nombre y mision á la vez prefiguraba Josué (Jesús); y hé aquí por qué la segunda institucion esencial y necesaria de la teocracia de los judíos fué la *escuela de los profetas*.

El profeta era al mismo tiempo la voz viva de la ley y el instrumento de su cumplimiento; su principal mision consistía en prefigurar y anunciar al *Mesías*, término de todas las profecias, así como la ley debía, por medio de todos sus preceptos é instituciones, irle preparando siempre el camino. Sin embargo, faltábale todavía á la constitucion mosaica, y el Deuteronomio alude á ello (4), la cabeza, el jefe del cuerpo, el conductor del pueblo, el representante de Dios, instituido por Dios mismo, para unir á la nacion en un cuerpo único y viviente, para vivificar incesantemente su organismo;

(1) Rom., IV, 16.

(2) Rom., VII, 7.

(3) Hebr., VIII, 19; XI, 13.

(4) Deut. XVII, 28.



para conservarlo ordenado bajo el yugo de la ley, y para garantizarlo y librarlo de los peligros exteriores; faltábale el *Rey*. Dios accedió á los deseos del pueblo, y le concedió en la persona de *Saúl* (1095 ántes de Jesucristo) un representante de la majestad eterna, invisible y siempre activa y presente de Jehovah. Sucedió esto despues de la conquista de la Tierra Santa por Josué, despues de la edad heroica de los *Jueces* (desde Otoniel hasta Elías y Samuel), cuyo ministerio iba preparando, por medio de una transición natural, la dignidad real. El soberano pontífice, el profeta y el rey, términos distintos y esenciales de la unidad teocrática, eran los tipos proféticos de la triple dignidad del Salvador del mundo. Así como Helí juntó al cargo de soberano pontífice el mayor poder civil, y Samuel juntó á este último la misión de profeta, así *David*, el hombre segun el corazón de Dios, juntó á los dones de profeta la dignidad de rey (1050 ántes de Jesucristo). Con la construcción de la ciudadela de Sion, hizo de Jerusalem una ciudad fuerte, centro del reino, como debía serlo del culto, y mandó llevar á ella el arca de la alianza. Despues de haber vencido á todos sus enemigos, extendido las conquistas de su pueblo hasta el Eufórates, y pacificado todo su reino, consagró su corazón y su inteligencia al establecimiento del culto divino, y quiso preparar á Jehovah una mansión digna de él, conforme á la órden que habia recibido del cielo (1). Mas esta piadosa empresa no debía realizarse hasta el pacífico reinado de Salomon (1000 ántes de Jesucristo), que construyó, segun el modelo del tabernáculo (2), el más magnífico templo de la tierra. Allí, en el Santo de los Santos, fué depositada el arca de la alianza construida por Moisés, imagen terrible de la Majestad divina, á la que nadie osaba acercarse, fiel imagen del cielo, cerrado para el hombre hasta que Jesucristo abrió sus puertas con su propia sangre. La felicidad de Salomon y la paz de su reino duraron tanto como su sabiduría, y su caída acarrió la del imperio. En el año 975 aquel poderoso y florecien-

(1) II, Rey., VI-VII.  
(2) III, Rey., III-VII.

te Estado se dividió en dos reinos hostiles, el de Judá y el de Israel (1), lo cual dividió singularmente á la nación entera en las luchas que tuvo que sostener por su independencia contra los sirios, los egipcios y los caldeos. Pero al mismo tiempo en que la dignidad real se hallaba tan abatida, y en que iban decayendo á la vez la religion, las costumbres y el poder político, se dejó oír la gran voz de las profecías; Moisés apareció de nuevo en el profeta Elías (en tiempo de Achab y Jehú, 918-896 años ántes de Jesucristo); Elías que, encendido en celo, intrépido en palabras, y fuerte y poderoso en obras y en milagros, reprende á los israelitas su infidelidad (2), y les exhorta á restablecer el culto de David y de Salomon. El resultado no corresponde, empero, á sus esfuerzos. El espíritu de profecía subsiste, lleno de amenazas y de furor, y, segun los admirables decretos de Jehovah, aparecen entonces una multitud de profetas poderosos; los cuatro mayores (Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel), llamados así, no sólo porque son más extensas sus predicciones, sino tambien porque con frecuencia tienen relacion con otras naciones, y los doce menores, conocidos con este nombre, porque casi siempre no se dirigen más que al mismo pueblo de Dios. Se presentaron unos inmediatamente despues de los otros, pero algunas veces juntos, como Jonás, Joel, Oseas, Amós, Isaías, Miqueas y Nahum.

Obstinado Israel en su infidelidad, expia su crimen en el año 722, y Salmanasar, rey de Asiria, ministro de las divinas venganzas, echa al destierro á la mayoría de los habitantes de la Judea, en la cual establece colonias de asirios. Mezclados éstos con los israelitas que habian quedado en Palestina, formaron más adelante el pueblo samaritano, odiado y reputado impuro por los judíos. Pero no por esto se aprovecha Judá de tan terrible lección: olvida de nuevo la alianza que el rey Josías contrae con el Señor, en presencia de los ancianos de la nación y de todo el pueblo, despues de haber encontrado la ley de Moisés en el tem-

(1) I, Rey., XII.  
(2) I, Rey., XVI; 2, Rey., II.



plo (1); permanece sordo á la voz de los profetas Habacuc, Jeremías y Sofonías, y en 558 cae bajo el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia. Jerusalem y su templo son entonces arruinados, y llevado cautivo casi todo el pueblo. Jeremías consuela á los que han quedado en Judea, y Ezequiel á los desterrados. Esta fué la última y espantosa prueba de la fe de aquel pueblo: la cautividad en Babilonia fué por mucho tiempo como la viva expresión del castigo más terrible y de la más espantosa miseria. Traspasados de dolor, seguros de tener en el mundo otro destino que el de perecer miserablemente en medio de un pueblo abominable por sus creencias y sus costumbres, y convencidos de que con su infidelidad y sus divisiones intestinas se habian privado ellos mismos de cumplir este destino superior, los cautivos se sentaban en las márgenes del río de Babilonia, y lloraban amargamente, acordándose de Sion: suspendian sus liras en los sauces de la ribera, y su voz permanecía muda en la tierra extranjera (2). Entonces volvieron á despertarse más vivos y se aumentaron más ardientes el deseo de expiar sus faltas cometidas contra el Señor y la esperanza del Salvador prometido. Los profetas de esta época son los que principalmente hacen oír todos los tonos del dolor y la esperanza, del arrepentimiento y la confianza en el Dios bueno, justo y poderoso, con un lenguaje tan profundo, tan sencillo y majestuoso, que jamas han podido igualarlo ningun pueblo del mundo ni ninguna literatura humana. El objeto de estas sublimes poesías es siempre Dios y sus beneficios. Su forma armoniosa y proporcionada aumenta su vigor, y al mismo tiempo que encantan los oídos, inflaman la imaginación, llegan hasta el corazón, y se imprimen profundamente en la memoria. Queridas en todo tiempo de las almas nobles y piadosas por su inmortal belleza, les son sobre todo preciosas en el infortunio y en el seno de las más acerbas adversidades. El mismo Dios fué quien inspiró estos cánticos sagrados, y su pueblo escogido

(1) IV, Rey., XXII, 8; XXIII, 1.  
(2) Salmo CXXXVII.

el único cuya poesía tuvo origen en una verdadera inspiración divina, como lo prueban, con irrecusable evidencia, los oráculos sobre el Mesías, los cuales á medida que se va aproximando el tiempo de su venida, van siendo más claros, más precisos, más circunscritos y explícitos acerca del tiempo y el lugar de su nacimiento, su misión, los hechos de su vida y las maravillas de su muerte y de su resurrección.

Babilonia, la orgullosa reina del Oriente, tantas veces amenazada de ruina por los profetas (1), cae á su tiempo vencida por los medos y persas mandados por el enviado de Dios, Ciro, su poderoso caudillo. El azote de la tierra es destruido y hecho añicos, como lo habia predicho Daniel al soberbio y criminal Baltasar en el momento mismo de la catástrofe (2). Los setenta años del cautiverio que habia profetizado Jeremías tocaban ya á su término (3). Ciro permite que los cautivos de Babilonia vuelvan á su patria (4). Únicamente se aprovecharon de esta libertad los judíos más celosos, y volviéndose en varias columnas, se fijaron principalmente en la tierra de Judá, adorando en su arrepentimiento y alegría los juicios de Dios, cuyo pronóstico leyeron con sorpresa en los mismos libros de Moisés (5), y el cumplimiento literal en las palabras de Jeremías.

De allí en adelante, sostenidos los israelitas por el recuerdo de sus antepasados, dichosos con vivir segun la ley despues de haber estado tanto tiempo separados de ella, llenos de fervor y vivificados en sus esperanzas por las promesas de Daniel, que profetizaba que despues de setenta semanas de años (6), el Hijo del hombre (7), estableciendo su eterno reino, vendria á destruir el pecado y justificar el género humano, hicieron diversas tentativas para restablecer las instituciones mosaicas, bajo la dirección de Zorobabel, de Esdras y de Nehemias,

(1) Isaías, XIII, 14; XXI, 45; XLVIII, 48.  
(2) Dan. V.  
(3) Jerem. XV, 12; XIX, 10.  
(4) 536. Cf. Esdr., I, 1, etc.  
(5) Nehem. I, 8, 9.  
(6) Nehem. IX.  
(7) Dan. II, 44; VII, 13; XVI, 17.